los preparativos de la corte, de la presencia de hombres armados alrededor de Whitehall y de lo que pasaba en los colegios de derecho. También se advirtió á las autoridades de la ciudad el peligro que corría el Parlamento. Esto no impidió que se oyese uno tras otro á los cinco acusados y se determinase conferenciar con los Lores para buscar á los autores de la acusación, calificada de «escandaloso libelo.» A las doce se suspendió la sesión por una hora. En este intermedio el gran chambelán hizo saber secretamente á Pym y sus compañeros que el rey pensaba apoderarse de ellos. La sesión de la tarde acababa de abrirse y los cinco habían tomado apenas asiento cuando un capitán llamado Langres, probablemente enviado por el embajador francés, hizo llamar á uno de sus amigos de la Cámara y le comunicó la noticia de que el rey se dirigía hacia allí. En seguida la noticia fué comunicada al presidente Guillermo Leuthall, que la puso en conocimiento de la Cámara, resolviéndose que los cinco acusados se alejasen. Strode, que quería aguardar á pie firme los sucesos, fué obligado por la fuerza á seguir á los demás, entrando en una barca que les condujo río abajo hacia la City.

Era ya tiempo, pues el rey con unos doscientos hombres armados se hallaba en el gran patio de Westminster. Los mercaderes al por menor que vendían allí sus mercancías cerraron apresuradamente sus tiendas, asustados por la invasión de los soldados. Por mandato del rey, la mayor parte de su acompañamiento quedó fuera, y sólo unos pocos subieron con él la escalera que conducía á la capilla de San Esteban, punto donde verificaban sus sesiones los Comunes. Entró en la Cámara, acompañado sólo de su sobrino el príncipe heredero del Palatinado, y como las puertas permanecieron abiertas, se veían los que estaban fuera armados de espadas y pistolas. Saludando ligeramente atravesó el rey por en medio de la reunión, que se había levantado con la cabeza descubierta, miró de paso el sitio que debía ocupar Pym, y dirigiéndose al presidente dijo: «Señor presidente, debo rogaros que me cedáis yuestro sitio por corto tiempo.» Sin sentarse habló á la asamblea desde el estrado, y después de una larga pausa, en los siguientes términos: «Señores, deploro el motivo por el cual he venido; ayer envié un heraldo por una causa muy grave para reducir á prisión á algunos diputados que habían sido acusados de alta traición por mi mandato. Esperaba que obedeceríais mi orden y no que me mandaseis un mensaje. Y debo declararos ahora que, á pesar de que ningún rey inglés ha tenido mayor cuidado del que vo tengo en que se respeten vuestros privilegios, en caso de alta traición no hay privilegio alguno, y por lo tanto he venido para ver si hay aquí alguno de los acusados.» Durante un momento permaneció silencioso mirando á su alrededor. «No veo á ninguno y pienso, sin embargo, que deberíais conocerlos. Debo deciros, señores, que mientras estas personas acusadas, no de una ligera infracción, sino del crimen de alta traición, se hallen entre vosotros, no puedo esperar que esta Cámara siga el buen camino, como yo deseo de corazón. Por lo tanto, he venido para manifestaros que yo me apoderaré de ellos hállense

donde se hallen.» Entonces preguntó: «¿Está aquí Mr. Pym?» Nadie respondió. A la pregunta respecto de Holles siguió el mismo silencio. Entonces exigió contestación del presidente. «Con permiso de V. M., dijo Leuthall arrodillándose,



Lady Lucía Persy, condesa de Carlisle De un grabado de Lombart, copia de un cuadro de Van-Dyck

ocupando este sitio no tengo ojos para ver ni lengua para hablar sin mandato de la Cámara cuyo servidor soy, y pido humildemente perdón á V. M. por no poderle contestar de otro modo. – Bueno, replicó Carlos, pienso que mi vista no es peor que la de cualquier otro.» Encontrándose en una situación embarazosa,

exclamó: «Veo que mis pájaros han volado; espero que me los enviéis cuando vuelvan.» Lo que añadió después consistió en asegurar «que no había pensado nunca en un acto de fuerza, sino en un procedimiento de derecho,» y en la amenaza de que si se negaban á entregar los cinco acusados, «sabría encontrarlos él mismo,» abandonando entonces el salón con cara sombría. De las filas de los reunidos salió la palabra «privilegios, privilegios.» Con inútil impaciencia habían esperado sus partidarios la señal para la invasión, y mientras se alejaba con ellos suspendía la Cámara la sesión hasta el día siguiente en medio de la mayor excitación.

También había salido fallida esta tentativa del rey, pero no le detuvo esto para proseguir en el camino emprendido. La misma noche se publicó una proclama real en la que se decía que, en el caso de que los cinco acusados intentasen huir, se establecería el bloqueo de las costas. Al día siguiente el rey en persona se dirigió á la City para exigir la entrega de los acusados. Allí, bajo la protección de la fiel burguesía, en una casa de la calle Coleman encontraron éstos un asilo seguro. Durante toda la noche cruzaron patrullas por las calles, las puertas permanecieron cerradas y pavorosos rumores se esparcieron por el espacio. Cuando el rey atravesó sin escolta á Temple-Bar, tuvo que oir de la multitud que estaba á uno y otro lado el odioso grito de «Privilegios del Parlamento,» y una tablilla con el lema «A tus tiendas, Israel» fué arrojada dentro de su coche. Al discurso que dirigió en Guildhall á las autoridades de la ciudad siguióse una gritería confusa. «Dios salve al rey,» se oía por un lado; «Privilegios del Parlamento,» por el otro. Entabláronse después verdaderas discusiones en las que intervino el rey. «Debe distinguirse, decía, entre el Parlamento y los culpables de alta traición que en él tienen asiento. Estoy pronto á observar los privilegios, pero no puedo creer que éstos protejan á los culpables de alta traición contra el castigo merecido.» Pero nada consiguió con estas explicaciones, y después que hubo comido en casa de uno de los jerifes regresó á su palacio acompañado de los anteriores gritos. El mismo día mandó publicar una proclama en la cual mandaba á todos sus súbditos que se apoderasen de los cinco acusados donde los encontrasen.

La Cámara de los Comunes declaró entretanto, á pesar de la viva oposición del partido del rey, que lo que había sucedido era una infracción de sus privilegios; suspendió sus sesiones hasta el día 11, porque veía su seguridad amenazada, y eligió una comisión que debía celebrar las suyas en la City, haciéndose así aún más estrecha la alianza entre el Parlamento y la burguesía, y tomando parte los cinco miembros en las sesiones de la comisión. No parecía, sin embargo, que hubiese desaparecido todo peligro, pues se habló de una conspiración de Digby y de Lunsford, se cerraron varias veces los almacenes, la milicia ciudadana se puso sobre las armas y al Lord-corregidor le costó trabajo el vencer el pánico.

Cada día recibía el rey una nueva humillación. Enviados del municipio ves-

tidos con el traje de ceremonia se presentaban en Whitehall y le reprendían por sus últimos actos, aunque con toda cortesía. La comisión parlamentaria declaraba que su última proclama era un papelucho «escandaloso é ilegal.» El mando de la fuerza armada de la City fué entregado sin pedirle su consentimiento al popular y celoso puritano Skippon, que había servido en el continente empezando por soldado raso, y al ser escogido para aquel cargo tenía el título de mayor general, y al mismo tiempo se formó una guardia destinada á proteger el Parlamento cuando renovase sus sesiones en Westminster. Y no se contentaron con esto, sino que los arrabales de la poderosa ciudad quisieron tomar parte en el triunfo del Parlamento; de todas partes acudieron sinnúmero de forasteros y se mandó á la ciudad un escrito en obsequio de Pym, cubierto con millares de firmas. Del condado Buckingham llegó una considerable tropa de colonos á caballo que acudían para proteger á su célebre paisano John Hampden. El domingo, 9 de enero, eligieron los pastores como tema de su sermón el salmo 122: «Nuestros pies permanecerán ante tus puertas, Jerusalén. Jerusalén está edificada de tal modo, que es una ciudad á la que se debe ir juntos... Desead felicidades á Jerusalén. Irán bien los que te amen. Debe haber paz dentro de tus muros y felicidad en tus palacios.»

Al rey y la reina les pareció esto una ironía, pues no podían dejar de ver que la ciudad entera se había declarado contra ellos. Cuando Carlos I oyó que los marineros de los botes del Támesis habían ofrecido sus servicios al Parlamento, exclamó irritado: «Hasta estas ratas de agua me abandonan.» No quiso presenciar el triunfo de Pym y Hampden; así fué que el 10 de enero se marchó con los suyos á Hampton-Court, trasladándose después á Wíndsor. No volvió á ver el castillo de Whitehall hasta pasados muchos años y cuando la espada de la ley amenazaba su cabeza.

El día 11 de enero ofrecía el Támesis, plenamente iluminado por un sol de invierno, un espectáculo admirable. A ambos lados del río desde el puente de Londres á las escaleras de Westminster se extendía la milicia ciudadana con sus banderas é insignias y llevando prendida á sus sombreros y mosquetes la proclama del Parlamento en favor de sus libertades y de la religión protestante. La corriente misma se hallaba cubierta por dos líneas de barcos en parte ocupados por cañones, y junto á ellos estaban los artilleros con mechas encendidas. Por en medio de este cordón y navegando río arriba llevaba una barca muy adornada á los cinco miembros de la Cámara de los Comunes hacia Westminster, yendo acompañados de salvas y gritos de alegría. Cuando ocuparon de nuevo su sitio, levantóse el presidente junto con toda la asamblea, y John Pym en nombre de sus compañeros dió las más expresivas gracias á los ciudadanos de Londres por su hospitalidad; después fueron introducidos los jerifes, los capitanes de buques y el mayor general Skippon, á los cuales dió las gracias el presidente. Entonces se aceptó una petición de la gente del condado de Buckingham en la que se hablaba de un modo violento contra la permanencia de «los Lores

papistas y de los obispos» en el Parlamento, y se ordenó que una guardia de las milicias de la ciudad prestase servicio cada día en Westminster.

El golpe de Estado del rey había fracasado por completo: en lugar de desembarazarse de los jefes de la oposición, éstos se le habían escapado ý los vencedores dirigían golpe tras golpe contra su autoridad Es verdad que en apariencia la dejaban intacta, asegurando que al mismo tiempo que por los privilegios del Parlamento combatían por su honor, y se le dirigían con la misma respetuosa deferencia que en lo pasado; pero la fórmula que se usaba algunas veces, «la voluntad del rey expresada por ambas Cámaras,» daba á comprender claramente que se estaba completamente decidido á obrar sin su aprobación en caso necesario. Tuvo que consentir en todo lo que pusieron por obra los jefes de los Comunes, convencidos de su dominación y apoyados en las muchas peticiones de las ciudades y del campo. El procurador general tuvo que disculparse de haber presentado una acusación contra miembros del Parlamento, y se publicó una declaración contra todos los que por vía de consejo ó de obra intervinieron en el atentado del 4 de enero, considerándolos como enemigos del Estado en tanto que no se presentasen. «Los papistas y los malos consejeros» se veían amenazados de nuevo con los más violentos ataques. Lord Digby tenía tantos motivos para temer, que sólo vió su salvación en la fuga al continente; el coronel Lunsford, que con sus soldados amenazaba á Kingston, fué hecho prisionero; las plazas fuertes de Hull y Portsmouth, por orden del Parlamento, fueron puestas á cubierto de un golpe de mano que se temía por parte del rey, y se dispuso que el reino entero se pusiese en estado de defensa en vista de que se hallaban amenazadas sus instituciones y la religión protestante.

Los Lores ofrecían sólo una débil resistencia á las exigencias de la Cámara de los Comunes; sin embargo, ya se decía en voz alta que vendría época en que se les consideraría como superfluos. La revolución continuaba su camino á pasos agigantados, y en una conferencia con la Cámara alta, dijo John Pym: «La Cámara de los Comunes se alegraría de poder contar con vuestro apoyo y ayuda para la salvación del reino; pero aunque les faltasen, no por esto desfallecería en el cumplimiento de su deber, y perezca el reino ó se salve - aunque yo espero que con la ayuda de Dios se salvará, - cuando se cuente la historia de este Parlamento á las generaciones futuras, sentirán que en tal peligro la Cámara de los Comunes se viese obligada á salvar el reino por sí sola.» Ante una declaración tan enérgica cedieron también los Lores en la importante cuestión de la expulsión perpetua de los obispos. Después que hombres de todas clases y posiciones hubieron expuesto al Parlamento en forma más ó menos violenta este deseo, tocó el turno á las damas, mujeres de los comerciantes y otros muchos individuos del sexo femenino de la ciudad ó de sus arrabales, de presentarse con peticiones, á pesar de las burlas de los caballeros. Se excusaban con el ejemplo de la «mujer de Thecua,» que no se había avergonzado de presentarse con una petición ante David, y expresaron el deseo de que Carlos I siguiese el ejemplo del «bueno y piadoso rey Asa, que no toleró la idolatría ni de su propia madre.» «Tememos, decía una parte de esta característica petición, que si no se desbaratan los planes de la facción sedienta de sangre de los papistas y prelados, nos veremos obligadas, así en Inglaterra como en Irlanda, á sufrir una tiranía peor que la anterior, pues tendremos que soportar la ira, no de hombres, sino de diablos convertidos en hombres; y deberemos callar ante la esclavitud de nuestras creencias, que nos son más caras que todo.» Al día siguiente de haber sido presentada esta petición y recibida por Pym con corteses palabras de agradecimiento, aprobaron los Lores el bill que arrebataba á los obispos su sitio en la Cámara alta (5 de febrero).

Sin duda que influyó menos en la resolución de los Pares la presión exterior que las inteligencias secretas que tenían con la corte. En los primeros tiempos en que Carlos I abandonó la capital, confiaba mejorar su situación apoderándose de alguna plaza fuerte de las cercanías de Londres; y la reina, que estaba siempre por las medidas enérgicas, no había ocultado que su fuga de la capital había sido con tal objeto, al que tendían los movimientos de Lundsford y otros caballeros. Pero cuando las enérgicas medidas del Parlamento estorbaron estos planes, se determinó en Wíndsor obrar de otra manera, llevando á cabo la reina su proyecto de abandonar por algún tiempo á Inglaterra para obtener en el continente ayuda en favor de la amenazada monarquía. Para este fin quiso llevarse consigo parte de las joyas de la Corona, y venderlas ó empeñarlas para poder comprar con su producto gran número de armas y municiones. No fué difícil encontrar un pretexto para su viaje. La princesa María, muy niña aún, estaba comprometida con el príncipe de Orange, y no podía tomarse á mal en la madre que quisiese acompañar personalmente á su hija á su futura patria, aunque se tuviesen motivos para temer que la casa de Orange se convirtiera en protectora de la monarquía inglesa. El rey pensaba ir mientras tanto hacia el Norte, huyendo de la influencia directa del Parlamento, y reunir á su alrededor á sus parciales para entablar una lucha decisiva; pero la feliz realización de estos planes era imposible, si no se mantenía exteriormente por algún tiempo el acuerdo con el Parlamento. El rey se guardó, pues, de ofenderlo por una oposición brusca, y, por el contrario, levantó la persecución jurídica contra los miembros acusados, declarando que quería abandonar completamente el asunto. Consintió en que el comandante de la Torre fuese substituído por otro; aprobó un bill para el reclutamiento de soldados para la campaña de Irlanda, y firmó aquellos decretos que prohibían á todas las personas del estado eclesiástico el mezclarse en la justicia y la autoridad seglar y quitaban á los obispos voz y voto en la Cámara alta.

Aun esto no le pareció bastante para tranquilizar á los puritanos. Declaróse pronto á confiar á la sabiduría del Parlamento la resolución de la gran cuestión del cambio en la constitución de la Iglesia y en el ritual, y le suplicó que cuanto antes le presentase un proyecto completo. Prometió hacer cumplir con seve-

ridad y eficacia todas las leyes contra los católicos disidentes, desterrar algunos curas condenados por los tribunales y no permitir en adelante la presencia de sacerdotes católicos en la corte. Al parecer quería aventajar en celo para las reformas y en intolerancia extremada á los más radicales é intolerantes puritanos. El Parlamento no sabía cómo expresar su alegría por este mensaje.

Una semana después, el 23 de febrero, despidióse el rey en Dover de su esposa, que se embarcó con su hija. En su acompañamiento iba su sobrino, el príncipe Ruperto del Palatinado, cuyo ardiente deseo de desenvainar la espada contra el Parlamento tardó todavía algún tiempo en realizarse. Carlos I por su parte se dirigió con sus hijos, el príncipe de Gales y el duque de York, á Greenwich, tomando desde allí el camino del Norte. Cuanto más se alejaba de Londres, tanto más atrevido era su lenguaje respecto del Parlamento y tanto más enérgica fué su resistencia á la gran cuestión que ya hacía semanas se discutía: la cuestión de la milicia. El que no quisiera cerrar los ojos á la luz, debía convencerse de que era inevitable la lucha con las armas. El rompimiento entre el Parlamento y el rey se había verificado ya, aunque durante varios meses se trató de recomponer las diferencias; había empezado ya la guerra civil, aunque no se había disparado ningún cañonazo.

ALFREDO STERN.



Oliverio Cromwell, de un busto en mármol atribuído á Bernini

OLIVERIO CROMWELL

SU VIDA Y SU CARÁCTER

POR ARTURO PATERSON

CAPITULO PRIMERO

Ha sido inveterada costumbre de los biógrafos introducir á sus héroes en escena por una serie de anécdotas de su primera juventud, cuidadosamente elegidas, y que, auténticas ó no, contienen todas algún presagio notable de su futura grandeza. Buen ejemplo de ello es Cromwell, que por este concepto pudo quejarse con más motivo que muchos de los demás hombres notables, pues no solamente no son verdaderas ni favorables las historias que de él se refieren y que han sido transmitidas religiosamente hasta nosotros de generación en generación, sino que ni siquiera tienen la gracia de ser características. Y la explicación de esto es bien obvia: de todos los hombres públicos que inspiraron odio rencoroso entre las altas clases de la sociedad, Cromwell fué aquel á quien menos comprendieron sus amigos. Para el bien y para el mal, y sobre todo para este último, » sus hechos no han sido interpretados con acierto, ni aun por historiadores de reconocida imparcialidad. Era hombre incomprensible para sus contemporáneos; sus sucesores le calumniaron desapiadadamente, y á todos infundió recelo.